

EL ARBOL DE GUERNICA.

En el término de la villa de Guernica, á la parte del medio día, se eleva lozano un antiquísimo roble, descendiente de otros robles, que á través de los siglos ha venido siendo el modesto testigo y emblema de las libertades de Vizcaya. Al pie de aquel famoso árbol, y bajo su sombra sagrada, se halla un templo de piedra de romana arquitectura, destinado á la celebracion, á puerta abierta, de las juntas generales de la diputa-

AÑO VII.

cion, compuesta de los siete padres de provincia. Contiguo á él hay otro edificio fundado por el primer corregidor del señorío, que consiste en una especie de ermita, de suficiente amplitud para contener los archivos y el numeroso concurso. Pendientes de sus paredes se ven los retratos de los señores de Vizcaya, desde el caudillo Juan de Zuria hasta el último que asistió á la incorporacion á la corona de Castilla.

28 de agosto de 1842.

El árbol de Guernica es un monumento histórico, que escita el mayor interés; resiste á la intemperie y á la destruccion del tiempo con dos renuevos permanentes que le sostienen siempre vivo. Sagrado para aquel pueblo que supo resistir á las legiones romanas, y á las falanges de la media luna, fue respetado hasta en la última desastrosa lucha que terminó con el famoso abrazo de Vergara. *Sé el árbol de Guernica* los señores de Vizcaya, que hoy son los reyes de España, juran guardar y conservar aquel código de leyes que promulgó al pie de su tronco hace cinco siglos el célebre Nuñez de Lara.

El fiel traslado de este hermoso trofeo copiado del original, es digno de escitar nuestro interés, y evuelve nobles recuerdos de gloriosas hazañas, y un emblema de la constancia, energía y respeto á la ley, que constituyen el carácter del pueblo vascongado.

Este carácter se halla maestramente delineado en unas bellísimas octavas del *Maestro Tirso de Molina* en su excelente comedia titulada *La Prudencia en la Mujer*. El autor las coloca dirigidas por D. Diego Lopez de Haro, señor de Vizcaya, á los infantes D. Juan y D. Enrique, alzados contra la reina Doña María.

D. Diego.— « Infantes, de mi estado la aspereza conserva limpia la primera gloria que la dió en vez del rey, naturaleza, sin que sus rayos pase la victoria. Un nieto de Noé la dió nobleza, que su hidalguía no es de ejecutoria; ni mezcla con su sangre, lengua ó trage mosaica infamia que la suya ultrage.

Cuatro bárbaros tengo por vasallos á quien Roma jamás conquistar pudo, que sin armas, sin mucos, sin caballos libres conservan su valor desnudo; montes de hierro habitan, que á estimallos valiente en obras y en palabras mudo os forzara, y guardallas el decoro, pues por su hiesto España goza su oro.

Si su aspereza toscá no cultiva aranzadas á Baco, haces á Ceres, es porque Venus huya, que lasciva hipoteca en sus frutos sus placeres: la encina hercúlea, no la blanda oliva teje coronas para sus mujeres, que aunque diversas en el sexo y nombres, en guerra y paz se igualan á los hombres.

El árbol de Guernica ha conservado la antigüedad que ilustra á vos señores, sin que tiranos le hayan deshojado, ni haga sombra á rendidos ni á traidores. En su tronco, no en silla real, sentados, nobles, puesto que pobres electores, tan solo un señor juran, cuyas leyes libres conservan de tiranos reyes.»

EL ABORRECIMIENTO,

6

LA ISLA DESIERTA.

(Conclusion. Véase el número anterior.)

A pesar de esto no, dejó este suceso de producir en sus ánimos un efecto saludable disponiéndolos á la reconciliación. En tanto que Carlos podía decir «he prestado gran servicio á mi enemigo,» la distancia entre él y Anselmo parecía ser inmensa, y como que podía creer tener un derecho para prevalecer de su pretendida generosidad; al presente se veía en la necesidad de convenir á su pesar, en que una igualdad de deberes existía entre los dos; y he aquí destruida la barrera que la vanidad había levantado entre ambos. Anselmo por otra parte experimentaba el doble placer, no solo de no deber nada á su enemigo, sino tambien el que produce una buena acción, cuyo objeto no puede sernos aborrecible, pues que el agradable recuerdo del bien que hemos hecho se confunde naturalmente con la idea de la persona que lo ha recibido.

Ya empezaban á dar acogida en su alma á reflexiones benéficas; y cada uno de ellos trataba de indagar los motivos de que pudo nacer el odio de su camarada: á decir verdad los dos no hallaban en su porte mas que bagatelas; pero todas justificadas con otras tantas del otro; de este modo iba debilitándose el mútuo resentimiento, hasta llegar al extremo de echar de ver con sorpresa que la idea de una reconciliación se iba apoderando de su alma. Una falsa vergüenza era solo la que impedía los primeros pasos, y aunque ellos estaban penetrados de la falta que se hacian mutuamente, hubieran preferido morir en su soledad á tener la generosidad de confesarla.

Llegó á esta sazón el tiempo de las lluvias, y su influencia se hizo sentir fuertemente en la salud de Carlos; sorprendido un día por una violenta calentura volvía con sueno trabajo hacia su gruta; Anselmo que le había observado á lo lejos acechó durante dos días para ver si salía; atormentado fuertemente al ver llegar la mañana del tercero resolvió irse acercando poco á poco. — ¡Dios mío, exclamaba! Morirá abandonado, y entonces ¿cuál será mi desconsuelo! — Ya cerca de la culebrada se detuvo para reflexionar... ¿Y si no estuviese malo, decía, si solo el mal tiempo le hubiera detenido en su gruta, ¿qué tono tomaré yo para ofrecerle gratuitamente mis servicios;? pero sea lo que quiera quiero aunque se hable de mí, salir de la incertidumbre; y diciendo esto pasó como al descuido por delante de la gruta, echando sobre ella una mirada rápida.

Su juicio no había sido infundado; Carlos yacía sin movimiento sobre la yerba, sus ojos estaban empañados, sus labios abiertos, su aliento abrasador, lo cual visto por Anselmo se apresuró á informarse de su estado, preguntándole qué sentía, y de qué tenía necesidad; pero Carlos no le oía. Entonces se apresuró á coger una uvez de coco fresca haciéndole beber su le-

che; en seguida llenó de agua la concha que Carlos tenía á su lado; echó lumbres con el eslabon que había conservado en su naufragio; y haciendo una grande hoguera delante de la gruta con ramas de árboles, se retiró á un bosque cercano para observar los primeros efectos de sus servicios.

El genio del bien parecía haberle conducido en el momento en que Carlos probaba una de las crisis mas crueles; la leche de coco, y el fuego que templaba el aire de la gruta vinieron á ayudar á la naturaleza; al cabo de algunas horas el enfermo volvió á recobrar el conocimiento; abrió sus ojos espantados al ver el fuego cuyo calor le favorecía mucho. ¿Quién sino Anselmo podrá haberlo encendido? además de esto el agua fresca que tenía á su lado le aseguraba mas, porque bien se acordaba que su concha estaba vacía por no haber tenido fuerza para ir á llevarla al manantial cercano. La enfermedad debilitando sus nervios había vencido su genio; y en medio de su entrecerimiento, ¡Dios mio, exclamó con voz debilitada, yo moriré gustoso con tal que me dejéis tiempo de perdonarle! cuyas palabras pronunciadas en alta voz hubieran sido bastantes para que Anselmo mas que nunca dispuesto á la indulgencia no hubiera corrido á abrazar á su enemigo en el lecho del dolor.

Carlos aliviado con la consoladora idea de que un ser humano cuidaba de él, cayó en un sueño profundo. Anselmo viendo extinguirse el fuego, se fue acercando para que le placiera al mirar que Carlos había bebido el agua pareciendo gozar de un dulce reposo. Volvió pues á llenar la concha; reanimó el fuego, y se puso en acecho sin hacer caso del viento ni de la lluvia; olvidándose de sí mismo no tuvo durante cuatro días mas objeto que el de la salud de Carlos, y por último juntó un gran monton de ramas para que este pudiese por sí mismo alimentar el fuego.

El quinto día tuvo, en fin, la satisfacción de ver salir á su enfermo á beber agua al manantial, ya convaleciente aunque con suma debilidad. Anselmo que necesitaba reposar de las largas fatigas de su asistencia, volvió á su gruta, y durmió tranquilamente una buena parte del día. Al despertarse advirtió en frente de su gruta un juco en forma de pabellon presentando en una hoja de palma la inscripción siguiente: *ate estoy agradecido.*

Esto era todo lo que Carlos había podido alcanzar sobre su vencedor. Incapaz de mirar cara á cara á su bienhechor, no tardó sin embargo en demostrarle sus deseos de manifestarle su agradecimiento de otro modo que por señas. Volviendo un dia Anselmo á su caherua, encontró delante de ella una caja mediada de vestidos y otros objetos útiles; Carlos la había hallado en la playa, y arrastrándola con indecible pena á su morada, tuvo el cuidado de hacer la particion con su enemigo, despues de haber examinado uno á uno los objetos que contenía, todos preciosos para los habitantes de una isla desierta, infiriéndose de ellos haber pertenecido á un carpintero de navio.

Carlos, para dar á su enemigo una prueba cierta de su sensibilidad, transportó durante la noche cerca de la morada de Anselmo la mitad de su tesoro; pero el noble corazón de Anselmo agradeció mas la hoja de palma que esta caja, por figurársele que Carlos trataba de desquitarse de una deuda. Preocupada con esta idea marchó vivamente á devolverle su regalo, y encontrando á Carlos sentado cerca de un arroyo, puso en silencio la caja á sus pies, y alzando los ojos se encontró con los de su enemigo, que le miraban con un espanto que hasta aquí.

Anselmo iba ya á retirarse con lentitud, y Carlos compió en fin el silencio.—Tuya es, dijo con aspereza.—Nada de ese, respondió Anselmo.—Yo la he encontrado en la rivera.—Por consecuencia es tuya.—Tú me has favorecido, y yo te lo debo agradecer.—Ya me lo has agradecido.—Si tú la hubieras encontrado hubieras partido conmigo.—Sí; ¿pero hubieras tú aceptado de mí la mitad?—

Carlos emudeció.—¿Respóndeme con franqueza.—En el último recurso ¿no he aceptado yo tus servicios?—Solo en el último recurso.—

Querrias tu en venganza cargarme con el peso de un beneficio que yo no debo reconocer?—Tu me has librado de la muerte, y así no me debes nada.—Tú te desquitastes de mi servicio aplastando la cabeza de una serpiente.—¿Nos toca á nosotros estando reunidos echar cuentas con tanta escrupulosidad?—¿Pluguiese al cielo, que siempre fuese de este modo! O Carlos, ¿no parece que es la voluntad del cielo, reunirnos de una manera tan milagrosa?

Carlos suspiró, y Anselmo prosiguió con emoción.

—La última vez que yo te vi en nuestra patria fue con la pistola en la mano.—Y yo te he visto por primera vez en el Océano indiano tendido sobre una roca sin conocimiento.—Un nuevo periodo de vida ha comenzado para los dos.—Una nuez de coco es aquí mas preciosa que todos los conocimientos de que yo me vanagloriaba en otro tiempo, tal vez fuera de propósito.—Una punta de yerro, valdría mas que todas las chocarrerías con que yo he ridiculizado en otro tiempo á tantas personas.—

Los dos guardaron un momento de silencio.

—Las situaciones extraordinarias, ó mal entendidas, y las desconfianzas nada favorables, prosiguió Carlos con los ojos clavados en la tierra, no son capaces de separar á las personas nacidas para amarse.—El destino muda singularmente las situaciones.—Nosotros somos los únicos habitantes de esta isla, y estamos tal vez destinados á morir en ella.—En nuestra mano está el aliviar mutuamente nuestra suerte.—No hay nada que podemos hacerlo.—¿Y por qué no lo hacemos?—Porque es imposible que el culpado venga á confesar su falta al ofendido.—¿Y cual de los dos es el ofendido?—Soy yo.—Y yo.—Pues bien, los dos.—¿Y cual de los dos es el culpado?—¿No respondes?... Vamos, confesemos que tambien lo somos los dos.—Puede ser.—En mezclándose justiguadores ninguna de las partes quiere ceder.—Se cree cifrar en ello un punto de honor, y de este modo la enemistad es interminable.—Pero nosotros habitamos hoy un estrecho de la tierra, donde no se ha introducido todavia ese punto de honor.—Seguramente que en estas rocas debia reinar la concordia.—Nuestros corazones debian unirse en ellas.—¿Que este arroyo sea para nosotros el Leteo!—

Anselmo coje precipitadamente una nuez de coco llena de agua, la levanta al cielo, y fija una mirada en su antiguo enemigo.—«Bebe», le dice Carlos, con los ojos bañados en lágrimas.—Las que se desprendian de los de Anselmo caian por el vaso al tiempo que bebía la mitad del agua dejando la otra para Carlos; este le tomó temblando, bebió hasta la última gota, arroja con prontitud la nuez, y antes que hubiese podido llegar al suelo, ya estaban el uno en los brazos del otro estrechándose fuertemente en medio de los mayores sollozos.

¿Cuan aliviados se encontraron despues de aquel instante sus corazones! ¿cuan contentos se hallaron, cifrando su felicidad en su reconciliación! Porque el instante en que

dos hombres de bien ahogan sus resentimientos para estrecharse en los brazos, es capaz de transformar el mas triste desierto en un jardín delicioso. Desde aquel momento empezaron á vivir como hermanos habitando una misma gruta, y endulzando su situación con la mas interesante amistad. Al principio trataron de evitar en sus conversaciones todo lo que pudiera renovarles la dolorosa idea de sus antiguas disensiones; pero esta precaucion no pudo durar mucho, y al fin y al cabo vinieron á convenir que no parecia creíble que tales bagatelas hubieran sido causa de tal antipatía. A veces el recuerdo de ellas excitaba su risa, y voluntariamente se las confesaban disculpándose las reciprocamente. Cada día se descubrian nuevas cualidades, y su asombro crecia al acordarse de el odio que hasta tal punto les habia negado.

Su situación varió enteramente por la union de sus fuerzas y sus pensamientos; hallábase persuadidos de que ningun navío podría á desembarcar en la isla, pues ni aun la mas ligera chalupa podría esparirse á salvar los peligros de la costa erizada de escollos y de puntas; pero un antiguo viaje de Picard que encerraba la caja encontrada por Carlos les hizo conocer que los diversos canales que separan las Maldivas tienen poco mas de veinte brazas de profundidad, y que estando baja la marea se pueda pasar con facilidad por ciertos parages; aunque fuera de esta ocasion es muy peligrosa la travesía á causa de los tiburones y de las peñas de coral. A pesar de todo era preciso emprender la aventura, ó perecer de lo contrario en esta soledad; la isla mas próxima les parecia estar distante dos leguas á lo mas; y habiendo visto salir limpio de ella, se persuadieron de que estaba habitada.

Formaron, pues, una especie de lanzas poniendo unos grandes cuchillos al final de un bambú, y con estas armas creyeron poder apartar los tiburones y las eglebras que la corriente lleva á aquellos parajes desde la costa del Malabar; en seguida para no cargarse inútilmente se previnieron solamente con un paquetito de efectos indispensables; su vestido se componia de una camisa y un pantalón de lienzo; preparados de este modo esperaron el reflujó, y cuando creyeron ver la marea bastante baja, se determinaron á arrojarse, haciendo antes una corta oracion; Anselmo en seguida blandió su lanza por encima de su cabeza y gritando, «adelante con el favor de Dios,» se precipitó en las aguas, y Carlos le siguió á pocos momentos.—No bien habian andado algunas centenas de toesas, se encontraron con un fondo de arena donde el agua no les pasaba casi de los rodillas; este buen principio avivando sus ánimos les hizo doblar el paso; aumentándose sucesivamente la profundidad llegaron á un sitio sembrado de coral; á veces el agua les subia hasta el pecho; sus pies les sostenian con dificultad en este piso desigual; sus piernas se hallaban lastimadas, y su sangre se mezclaba con el agua del mar en medio de los mas fuertes dolores.

Carlos, aun no bien restablecido de su enfermedad, fue el primero que sucumbió; y finalmente acabó por declarar que no podia continuar, y que desconfiaba igualmente poder ganar la ribera que habia dejado, por hallarse en medio del canal poco mas ó menos. Exortábase Anselmo á no abandonarse al desfallecimiento, y á fijar sus ojos en la isla á cuya orilla se divisaba ya una cabaña.—«Nada mas que una hora mala nos resta, decia á su desfallecido compañero, para hallarnos entre los hombres.» Carlos haciendo el último esfuerzo siguió aun sin hablar un corto rato; de repente habiéndose metido una punta de coral en un pie no pudo mas, dando un

grito al ir á sumergirse; Anselmo corrió á detenerle.—«Déjame, continuó, yo no puedo mas, voy á morir, sálvate y sé dichoso.»

—Nada de eso; ánimo, dijo Anselmo, sea el cielo testigo del juramento que hago de no poner el pie en la isla sin tí. Animo, pues; mira ya disminuida la profundidad, y cuan cercano está el término.

—No puedo, replicó Carlos; me halló estropeado; déjame pues acabar mi tormento.

—Pues bien, yo tengo fuerzas aun, gritó Anselmo, ponte pronto sobre mi espalda, no sea que nos sorprenda el vellojo.

—¿Cómo me has de llevar, decia Carlos, si es imposible marchar ni aun solo?

—Como Dios quiera, replicó Anselmo; yo no quiero vivir sin tí; hagamos pues la prueba; pasa tus manos al rededor de mi cuello.

Carlos despues de muchas instancias accedió por fin: el pobre Anselmo habia contado demasiado con sus fuerzas, y si el suelo no hubiese á poco rato empezado á ser arenoso hubiera perecido víctima de su amistad. Mas de una vez se vió obligado á dejar su carga para descansar un rato, aunque el flujo comenzaba ya á subir con la mayor rapidéz, y se hacia preciso llegar á la ribera antes de media hora, pues de lo contrario eran perdidos. En fin despues de los esfuerzos mas inauditos logró llegar jadeando y enteramente desfallecido; allí permaneció tendido sobre la arena, en tanto que Carlos se dirigió poco á poco á la cabaña que habian visto á lo lejos para pedir socorro.

Hallábase ocupada de una familia de naturales que venian á ella de tiempo en tiempo á fin de hacer provision de nueces de coco. Carlos encontró en ella la mas amable hospitalidad. Se le ofreció toda suerte de refrigerios; y cuando por señas hubo indicado que un desgraciado reclamaba su socorro en la ribera del mar, el padre de la familia se puso en camino para ella, llevando de prevencion una calabaza llena de aguardiente de caña. Anselmo, que hacia tanto tiempo no habia probado ningun licor espirituoso, se sintió reanimar sus fuerzas, y ya confortado, se levanto, y siguió al bondadoso insular hasta la cabaña donde todos se apresuraron á curar sus heridas.

Carlos y Anselmo permanecieron muchas semanas con aquella buena gente, y trataron de hacerse útiles en la recoleccion de cocos y preparacion del aceite, aprendiendo de este modo con facilidad el idioma del país. Acabada la recoleccion, acompañaron á la familia á otra isla mas grande donde hallaron una acogida no menos favorable; y desde allí se trasladaron á Male, residencia del sultan, en la cual solian anclar algunos navios europeos.

Hallábase á la sazón en el puerto un navío americano, cuyo capitan era conocido del tío de Carlos. Entre las muchas noticias que le suministró la mas importante para Carlos fue sin duda la de haber sido detenido en Nueva-York como sospechoso el navío de que se habian apoderado los sublevados, los cuales confesos y convictos de su delito, habian recibido el merecido castigo; les dijo igualmente que un antiguo corresponsal de su tío habia velado en la conservacion del navío y cargamento, y aserito á las autoridades de su pueblo para invitar á los herederos presuntivos, ya que el sobrino declarado por heredero universal en los papeles del difunto se le reputaba por muerto.

El americano se convino á transportar en su embarcacion á su hermano menor que se habia presentado para recibir la herencia, el cual renunció voluntariamente en el momento que tuvo el gusto de abrazar á su her-

mano. Vendida que fue la cargazon, se halló Cárlos poseedor de 120 mil duros, cuya mitad ofreció á Anselmo, que rehusó aceptarla, no queriendo privar de ella al hermano de Cárlos.—Tú has sido para mí mas que hermano, y antes que oír tus escusas yo preferiría ver arder delante de mi gruta el fuego que tu encendiste cuando eras mi enemigo; además de que para mi hermano y para mí tenemos sobrada fortuna.

No acabó aquí este rasgo de generosidad, hasta que por último los hizo convenir en tomar los tres una parte igual de la herencia, y establecer en comun una compañía de comercio bajo la denominacion de los hermanos Cárlos y Anselmo.—Arreglado definitivamente este negocio, se embarcaron para Europa, y visitaron juntos el pueblo de su naturaleza con grande asombro de los que en otro tiempo habian sido testigos de su implacable aversion.

—«Cómo ha sucedido esta mudanza?»—He aquí la pregunta que continuamente se les hacia.—«Muy naturalmente, respondian ellos; porque nuestro aborrecimiento procedia de que no nos conociamos, y hubiera durado eternamente si nos hubiéramos mantenido siempre á igual distancia. Todos los hombres tienen sus buenas cualidades desconocidas solo á los ojos de su enemigo; pero que se deposite en una isla desierta á dos hombres prevenidos fuertemente el uno contra el otro, y bien pronto su razon se despreocupará, y empezarán á saber apreciarse mutuamente.

¡Oh jóvenes,! dijo á esta sazón un anciano venerable, reflexionad en este suceso; y pues que el destino reune tan rara vez á dos enemigos en una isla desierta, no aguardéis á que os suceda, sino transportaos á ella con vuestra imaginacion todas las veces que el aborrecimiento quiera egercer sobre vosotros su pernicioso influjo. Examinad las buenas cualidades de vuestros enemigos, llegaos á ellos con afecto, y yo os aseguro que las mas veces encontrareis entre ellos hombres virtuosos dignos de estimacion, cuyo mérito ignorabais, y que desarmados por vuestras bondades llegarán á ser vuestros mejores amigos.



BIOGRAFIA.

Por vía de adición al artículo de el Conde Aranda, inserto en el número del domingo anterior, damos lugar á las siguientes noticias, que se nos han suministrado.

EL conde de Aranda nació en Sietamo, pueblo á las inmediaciones de Huesca, en el mes de julio de 1719. A la edad de 15 años entró en el colegio de Parma, donde recibió una educacion esmerada, permaneciendo allí hasta el año 40 en que salió para el ejército. En Italia, donde estaba su padre de coronel del regimiento inmemorial de Castilla, obtuvo el mando de este por fallecimiento de aquel el año 1742, y al frente de él se halló en las principales acciones de aquella campaña y en los sitios de Sarrabal, Tortona, Plasencia, Valencia del Po, y Casal de Monferrato.

En la batalla de Campo Santo quedó por espacio de 24 horas entre un monton de cadáveres, y despues de haber hecho prodigios de valor, estaba ya para perecer, cuando vino á salvarle su asistente. Poco tiempo despues fue ascendido á brigadier en recompensa del valor que habia desplegado en esta accion, y que siguió desplegando despues en las que se halló, y principalmente en el paso del Tanaro, (en donde al frente de su columna vadeó el río con agua al pecho) en la sorpresa de Veletri y en otra á las inmediaciones de Pavia, en que sorprendió su guarnicion de 1800 hombres, y facilitó la entrada de los españoles en Milan.

De resultas de estos servicios se vió en poco tiempo cubierto de honores á pesar de su juventud: en 1747 fue nombrado gentil-hombre de cámara con ejercicio y mariscal de campo: en 1755 teniente general, y poco despues embajador en Lisboa, caballero del Toison, y director general de artillería é ingenieros, y en 1760 pasó de embajador á Polonia.

Estuvo casado con Doña Ana María del Pilar Portocarrero, y habiendo fallecido esta cuando volvía él de su embajada de Francia, casó en 1784 con Doña Josefa Silva de Palafox, señora de muy bellas prendas, de la cual no tuvo sucesion.

Falleció en la villa de Epila á 9 de enero de 1798 á las cuatro de la tarde, de edad de 78 años y medio, y se le llevó á enterrar al monasterio de S. Juan de la Peña, segun lo habia dejado ordenado en su testamento.

DOÑA MARIA VACA,

EL PLAZO DE LAS VEINTE LUNAS.

CANTO SEGUNDO.

MARCHANDO VAN, junto al Pisuerga, armados el rey Alfonso y Sancho de Armendoces, de briosos ginetes amparados y ballesteros en correr veloces: todos los pueblos miran sacudados, con daño mucho y lágrimas y voces de sus vecinos, que huyen á los ruseos, juntos cristianos viejos y moriscos.

Toda Castilla saqueada ha sido, muy poco espacio se libró de afrenta, y el moro Olit se venga enardecido del territorio que perdido cuenta. Y el rey pensó— «¿del conde, que habrá sido en la pasada confusión cruenta? ¿se huyó, sin duda, de ignominia lleno, para cumplir como vasallo bueno?»

«Pobre señor, honrando mi decoro, por obediencia mía no se bate, y tal vez viendo al ambicioso moro dejó sus tierras, y esquivó el combate: lágrimas muchas por su afrenta lloro, y la ignominia que sufrió me abate; más yo soy rey, y autorizar es fuerza lo que mandé, sin que piedad lo tuerza.»

Cubierto siempre, se ocultó á la vista de sus soldados, que quien es ignoran; y aunque en Toledo les pasó revista, y sus brillantes armas enamoran, y hacen pensar que nadie se resista al fino temple y lujo que atesoran, y aunque presumen su nobleza cierta, nadie su nombre y calidad acierta.

Solo un arquero de su guardia sabe que es el monarca de Castilla amado, y su orden cumple reservada y grave cuando conviene, como buen soldado. El rey, en tanto, evita que recabe Sancho Armendoces, cuando está á su lado, la voz que finge, y el disfraz y el modo con que se oculta y se dispone todo.

Valladolid corrieron, y en seguida á Cabezon dejaron á la espalda, viendo confusa tropa repartida que, del Pisuerga, en la arenosa falda, dormía acaso, hollando su estendida variada alfombra de tomillo y gualda, y el abanzar turbantes distinguieron, y que eran moros y caballos vieron.

«Moros y muchos, (Armendoces dijo), son los que montan á caballo armados; dejadme el mando, y este punto elijo para vencerlos si me dais soldados.» — «Que sois novato capitan colijo (le dijo el rey) en lances apurados. Si conociérais quien yo soy, por viejo tal vez guardarais el gentil consejo.»

Corriose mucho el infanzón, y estuvo á punto ya de desnudar su espada: — «Errado (dijo) Don Alfonso andubo dando á tal hombre el mando en la jornada, que harta razon en este día tuyo mi fuerte diestra, á su venganza armada,

para romper su casco en dura prueba, y ver el rostro que encubierto lleva. — «¿Quién es? ¿quién es? ¡Por Dios! que ya se acaba con su arrogancia mi prudencia y modo, y otro en mi caso!... — «De ocultarse acaba (dijo con calma el rey) tras un recodo la gente mora que juzgué muy brava, y á que observeis su intento me acomoda. Idla siguiendo, Sancho de Armendoces, mas cerca á mí, porque escuchéis mis voces.» —

Bajo su casco en bullidor tumulto la sangre á Sancho en las megillas brota, que al ver tal calma y meditado insulto del encubierto gefe, se alborota. —

«¿Quién es? (escrama) que su rostro oculto conserva siempre, y tan brillante cota y tal arreo lleva y tal ropilla, y tal bridon, que es único en Castilla?» —

Mas en el punto les salió al encuentro un aldeano que azaroso huía, y les contó que, cerca, de un encuentro el espantoso batallar se oía, que una villa cercada desde dentro la voz del rey Alfonso mantenía, mientras los moros, dominando un alto, muros y torres toman al asalto.

«Vamos allá, librémosta de robos si es que es posible (dijo el rey valiente), mas ¿quién la manda?» — «De Durango Cobos vino ha tres dias (prosiguió) con gente; mas, el caudillo principal, dos lobos lleva en su escudo de oro reluciente, y al derredor una orla colorada, con amarillas aspas matizada.» —

«El es, él es, el conde ¡oh desacato! ¡oh lucha incierta que me agobia dura! Yo no quisiera parecer ingrato al castigarle ¡oh Dios! que al fin procura en tal peligro armado de rebato, librar al reino de su mancha impura. ¡Y si le salvo, mi sentencia dada, por débil rey se quedará olvidada!»

«Mas ¿qué he de hacer? corramos á salvarlos, que yo el primero á perecer me obligo, antes que sin socorro abandonarlos, despues que fui de su valor testigu.»

El conde Vela supo levantarlos, y premio á un tiempo le dará y castigo, premio que en pago á su valor le abono, castigo justo por rebelde al trono.» —

Ya en llamaradas la oprimida villa con combustibles se derrumba y arde, cuando del sexto Alfonso de Castilla llegó la gente en belicoso alarde. Y en tanto, dentro, el gefe que acudilla la poblacion, sin que refuerzo aguarde, sale cantando en himnos por la puerta, con sus soldados su victoria cierta.

Cual espantoso inmenso torbellino, que el horizonte en ráfagas colora, con encendida nube y remolino de impensada borrasca asoladora, que róbles mil entre el nogal y el pino del alto monte arranca atronadora, con polvo y piedra y rayos apiñados, entre infernal estrépito lanzados:

Así el caudillo con su escudo y lanza, del encerrado ejército seguido, con sed de sangre y gritos de venganza, con estruendoso choque y alarido, contra el soberbio moro se abalanza entre el clamor y hélico estampido, y hombres y brutos, invencible fiera, derrumba, arrastra y hiende en la carrera.

¡Qué airado está! ¿Quién su valor detiene? ¿Quién se le opone, temerario ó loco, cuando el incendio que agitando viene arde y chispea en el abierto loco? Asoladora mortandad previene, que es á su afrenta desagravió poco, y al duro choque del marcial estruendo, destruye, airado y vengador rompiendo.

Ceden al fin los moros divididos,
y huyan cobardes por la hermosa vega
donde el Arlanza y Arlanzon unidos
buscan las aguas que el Pisuerga allega.
— «¡Día de gloria! (á todos reunidos
les dice el gefe) de Toledo llega
nuevo refuerzo corto aunque brillante.
¡Viva Castilla, que venció al turbante!» —

Los moros, muchos prisioneros quedan,
y otros del río en la corriente ahogados,
sin que salvarles los esfuerzos puedan
que hacen á veces entre sí enlazados;
otros, heridos, del castillo ruedan
donde tuvieron su pendon armados;
pocos se salvan que á la flia perdidos
no vengon juntos á quedar rendidos.

¡Oh que algarazara y gritaría! el suelo
se asorda y tiembla en impensado modo;
y el rey Alfonso en incansante anhelo,
cubierto siempre lo contempla todo.
— «Llegó el momento (dijo) ¡oh santo cielo!
en que castigo y premios acomodo.
¡Llegó el momento en que monarca honrado
sea de todos en mi reino amado!» —

«Id, Armendoces, id; y al conde Vela,
que el duro alcauce sigue valeroso,
decidle habeis que acaso me revela
que ofende al rey soberbio y revoltoso:
decidle habeis que mi persona vela
hasta que rinda cuentas presuroso
de aquel castigo de las veinte lunas,
porque aun le quedan que cumplir algunas.» —

— «Como! (Armendoces, de furor bramando,
le dijo al rey que desconoce ciego)
¿Pensais tener autoridad y mando
sobre D. Vela y sobre mí? ¡Lo niego!
¿Quién sois? ¿Quién sois por vuestra casa? ¿Y cuándo,
si sois señor de estado y palacio
visteis al conde, por valor ó cuna,
menos que vos en ocasión alguna?» —

— «Galle el vasallo que insolente mucho
rompió respetos que guardar no sabe,
(le dijo el rey) y sepa que le escucho
con grande enojo; y no impedi que acabe,
por ser quien es; y entre el recuerdo lucha
de qué salvó mi vida en lance grave
para no darle muerte.» — «¿Vos?» — «¡Sí!» — «¡Oh rabia!» —
— «Calle la lengua que á su rey agravia!» —

— «¡Cielo! (Armendoces que á su rey se humilla
dijo mirando su castigo cierto):
y el rey — «Yo soy Alfonso de Castilla
que os da perdon (le dijo descubierta),
y aunque el tono que usais me maravilla,
que es en defensa de un cuñado advierto
para no castigaros, etal debiera,
por tal soberbia y bárbara manera.»

«Mas pues el plan que imaginé en Toledo
desvaratasteis hoy por imprudente,
y ya encubrimos y disculpar no puedo
el proceder del conde irrehocente;
pues que monarca de Castilla quedo
desde este instante, admirará mi gente
que no se ultraja al trono sin venganza
en la justicia que mi reino alcanza.»

«Vamos al punto; que del conde armado
he de asolar las vastas posesiones:
no ha de quedar dominio en su condado
que no sufra mis duras condiciones;
no ha de quedar caudillo ni soldado
que no escarnezca y rompa sus blasones:
no veinte lunas, veinte primavera
ha de servir sin mando en mis fronteras.» —

Airado el rey, la cólera y despecho
muestra en el rostro que el furor enciende;
en vano el noble combatido pecho
calmar su justa indignacion pretende.
Y lentamente, en dilatado trecho,
la nueva corre, y sin cesar se estiende
de que es el rey; y llega hasta la villa,
y sale luego, y cunde por Castilla.

— «El rey! ¡el rey Alfonso el poderoso

vino á salvarnos!» — (gritan por la vega)
y en revuelto concurso estrepitoso
el pueblo todo á recibirle llega.
Camina el rey, y grave y silencioso,
coje las llaves que la villa entrego;
y en orden marcha, y sigue, y con despacio
entra en la plaza, y llega hasta palacio.

Mas por el frente en escuadron y armados,
cruzando el pueblo en rápida carrera,
llegan cuarenta nobles bien montados,
que al punto forman en vistosa hilera.
Con escarceo y vueltas de costados,
al rey suspenden, que saber quisiera
quien es el gefe que les manda esperto
con ricas armas y antifaz cubierto.

Pero ay que advierte en su lujoso escudo
dos labos puros sobre campo de oro,
que bien le muestran con lenguaje mudo
al conde Vela, vencedor del moro.
— «El es, él es!» (prorrumpen) ¡por qué dudo,
y al son del parche y pifano sonoro
no pido cuenta de las veinte lunas,
que no cumplió, porque me debe algunas?»

«Saneho Armendoces, que tu deuda al punto
deje el bridon en que cabalga airado,
y vengo á mi que airado le pregunto:
¿qué cuenta da del plazo rigoroso
que le otorgué, vengando del difunto
la muerte injusta que le dió alejoso?
Dile que venga, y alce la visera
al rey Alfonso el sexto que le espera.» —

— «Aquí estoy ya; (bajando el caballero
de su bridon, á su monarca dijo)
mas advertid, Alfonso el justiciero,
que al conde Vela mancillais, de ligo
sin prueba clara y modo valedero:
y el desagrazo en el momento exijo.
Le exijo, sí, monarca castellano,
vasallo yo y no mas, vos soberano.»

«El conde Vela, desarmado y triste,
guarda su afrenta y se consume y llora,
y enfermo, huyendo siempre, no resiste
al deshonor que su virtud desdora;
y en tanto ¿vos, cuya justicia existe
desde el Pirene hasta Toledo ahora,
con ligereza ó prevención ó encono,
al conde hollais, cuya obediencia abono!»

«Este es su acero, y estas son las armas
que hay en Ayala su heredada villa,
donde burló del moro las alarmas,
asegurando el trono de Castilla.
Si tú á D. Vela con la ley desarmas,
y él sufre solo y llora su mancilla,
su esposa soy, y tu sentencia dada
no habla en mi esfuerzo ni en mi nombre nada.»

«Perdí mi estado, que en Castilla ha sido
presa del moro sin hallar estorbo;
y hoy tu villa realenga he defendido,
con estas armas, de su alfange corvo.
Cuarenta dueñas vos, que se han vatida
cual soldados armadas, de Pancorbo
y de Durango solo protegidas,
con gentes nobles desde allí venidas.»

«Si tú quisiste avergonzar al conde,
solo y errante y desdichado gime;
si quisierés saber donde se esconde,
sin dilacion lo que pretendas dime.
Si arrasar sus estados ¿desde dónde?
que lo que al moro en su furor se exime,
lo incendiaré yo misma, porque acabes
tanto rigor, y mi victoria alabes.» —

Absorta oyó la poblacion entera,
que se agolpaba al caso no pensado,
el decoroso término y manera
que la heroína ante su rey ha usado.
Y Alfonso — «Error, Doña María, fuera,
que vuestra claro nombre celebrado
no ensalzara yo mismo, cual conviene
al nuevo lauro que adquirido tiene.»

«Este palacio y defendida villa
vuestros serán por juro y señorio,

como el dominio y feudo que en Castilla os dió en legado mi difunto tío, porque ejerzais non horca y con cuchilla vuestro absoluto mando y poderío, sin que tributo me pagueis, ni en nada esteis con rentas ni peñasón cargada.

«Las nobles dueñas territorio tienen en la campiña, y en la vega undosa, y en los viñedos que ligados vienen. En feudo antiguo a vuestra joya hermosa. Y pues con honra y con valor mantienen el nombre DUEÑAS, en la lid dudosa, llamar debéis, honrando mi Castilla, DUEÑAS desde hoy á la invencible villa.

«El rondo Vela disculpado queda desde este instante de las veinte lunas; para que armarse en sus estados pueda, aunque lo falten que cumplir algunas. Decidid vos, que Alfonso no le veda que arme su gente, y rompa medias-lunas,

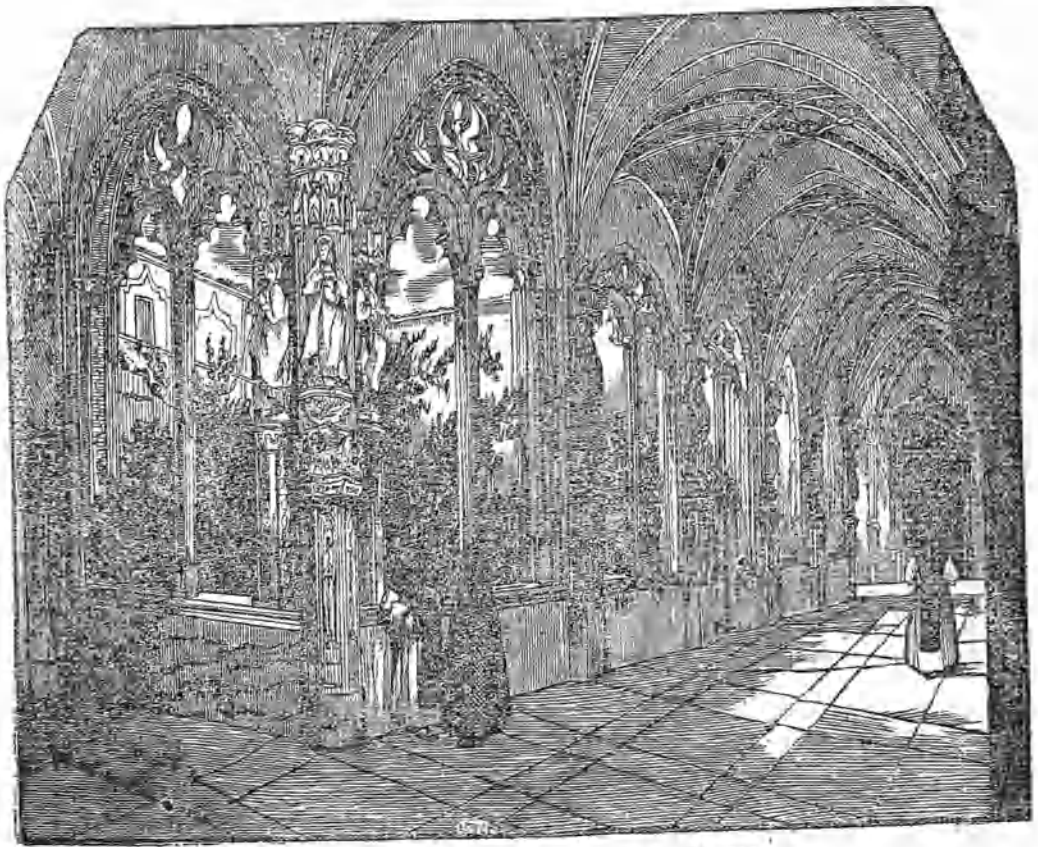
y que á Toledo, denodado, asista, con mando y voto, y parte en la conquista.

«¡A Dios! no puedo descansar, que urgente es el peligro que mi reino corre. Marcho, Armadores, y ármese la gente que aloja en DUEÑAS, y á Toledo acorre, sin que te ciegue la ocasión presente, ni á tu memoria el deshonor se borra de los cristianos, que, con mal consejo, entre peligros sobre el Tajo deju.»

— «¡Viva el monarca! ¡viva Alfonso el sexto!...» (con grito agudo resonó en la villa) y él, su Toledo á conquistar dispuesto, sin detenerse atravesó Castilla. Dando á su reina autoridad con esto, y á DUEÑAS toda asombro y maravilla; y á mi valor para que en verso grave el caso cuente, y mi HERRERA al be.

JOSÉ DE GRIMALBA.

ESPAÑA PINTORESCA.



(Claustro de San Juan de los Reyes en Toledo.)

La descripción del célebre monasterio é iglesia de San Juan de los Reyes en Toledo puede verse en el número del Semanario correspondiente al 16 de junio de 1839, ó sea páginas 185 y siguientes del tomo 4.º

Se suscribe al Semanario en las librerías de *Jordan* calle de Carretas, de *Cuesta* y de *Paz*, calle Mayor. Precio 4 rs. al mes, 20 por seis meses, y 36 por un año. En las provincias en las principales librerías y administraciones de correos con el aumento de porte.

Siempre abierta la suscripción á los seis tomos anteriores á razón de 30 reales cada uno y 36 en las provincias. También hay colecciones completas de dichas seis tomos á 180 rs.

El día 31 de agosto se entregará el de 1840 á los suscritores á la colección.

MADRID: IMPRENTA DE LA VIUDA DE JORDAN E HIJOS.